



Las 52 SEDUCCIONES

BETTY HERBERT



BOOKS

Las 52 Seducciones

Betty Herbert



Para C., con amor

Prólogo

Soy consciente de lo mojigata que estoy a punto de parecer, pero no es el caso, para nada.

No, no soy mojigata: es que llevo casada diez años. Hay una diferencia, aunque sospecho que, si trazase un diagrama según la teoría de intersección de conjuntos en el cual un círculo representase «mojigatería» y otro representase «llevar casada diez años», la intersección ocuparía un montón de espacio. Esto se lo digo yo a mi Herbert, y responde: «Una intersección en forma de vulva». Así de fatal se han puesto las cosas. Muchísimo más que freudianas.

¿Lo veis? Mirad, yo no soy mojigata. Ahí mismo, en el párrafo de arriba, he utilizado alegremente la palabra «vulva» sin que me importe un comino. Es que, a ver, yo sé hablar de sexo sin pelos en la lengua. No tenéis más que verme en el *pub* un sábado noche. Yo soy la de la esquina, la que no para de contar chistes guarros, la que hace que el resto del grupito se tronche de risa del apuro que les da.

Sin embargo, soy todo palabrería. Soy una experta a la hora de fingir cuando se trata de una conversación. En la vida real, entre las cuatro paredes de la alcoba, vengo a ser tan ilustrada en materia de sexo como Mary Whitehouse. Un momento, borrad eso. No tengo ningún derecho a poner en entredicho el impulso sexual de Mary. Por lo que sé, puede que fuese incluso un pelín calentorra.

La cuestión es que no soy una estrecha por naturaleza. No me eduqué en un contexto de represión sexual (más bien al contrario: la verdadera pasión de mi madre por el sexo le sacaría los colores a Samantha Jones), y en modo alguno desapruébo el sexo. Es solo que ahora me da algo de repelús que tenga yo que participar en ello.

Empezamos en magnífica forma Herbert y yo. Apenas éramos capaces de dejarnos un rato el uno al otro. Pero de eso hace ahora quince largos años, y yo solo tenía dieciocho. Hoy, a los treinta y tres años, es como si el sexo me quedase tan lejos que he de hacer un verdadero esfuerzo para recordar qué sentido tenía. Casi nunca lo hacemos y, cuando lo hacemos, suele ser por una especie de sentido de la obligación. *¿Cuánto hace? ¿Un mes? Bueno, entonces supongo que tenemos que echar un polvo, la verdad. Aguarda, voy a depilarme las piernas primero.*

Parece, a veces, que se me hubiese ido todo el deseo. Ya no está ahí. Antes el deseo iba despertándose subrepticamente hasta inflamar mi cuerpo y mi imaginación. Para espolearlo bastaban las cosas más intangibles: el olor de la piel caliente una tarde de estío, el cruce de una mirada. Hoy en día, incluso cuando lo busco, está extrañamente ausente. Lo recuerdo bien, y eso por sí solo debería bastar —parece— para conjurarlo a capricho. Pues no. En vez de eso, me siento como si estuviese llamando a voces a un gato perdido. Todo me dice que algo debería acudir a mí corriendo, pero me encuentro dando voces en un patio trasero vacío.

Este libro no va de la muerte del amor. Herbert y yo nos tenemos mutua adoración y somos sumamente y asquerosamente dichosos. No tenemos críos que nos agoten o que entorpezcan nuestra vida sexual. Es simplemente que los fuegos artificiales en el dormitorio cesaron hace mucho tiempo. En su lugar, se ha instalado en nosotros algo que se parece al azoramiento.

¿Seguro que una relación afectuosa debería alentar la experimentación? Por mi experiencia, no. Herbert es mi mejor amigo, mi confidente, la estructura que me sostiene. Es la persona que cuida de mí, tanto si estoy pachucha como si no. Él sabe qué me pone triste y qué me enfada. Sabe qué me hace feliz. La sensación

de seguridad que ha ido creciendo entre nosotros es lo más valioso del mundo.

Pero esta seguridad es un golpe mortal para el deseo. El matrimonio moderno es simplemente demasiado fraternal, maldita sea. ¿Quién va a querer poner en precario toda esa maravillosa seguridad por pedir sexo? Entre los dos cocinamos y limpiamos, charlamos sobre nuestros sentimientos y nos esforzamos en apoyarnos el uno al otro en las duras pruebas de la vida. ¿Dónde está el sexo ahí? ¿Dónde está el misterio? ¿Dónde, el escalofrío erótico?

En el nuevo y limpio mundo del matrimonio moderno el sexo es el nefando sapo que acecha en el extremo del jardín. En secreto nos da miedo, pero somos conscientes de que tendría que parecernos fascinante. Como no lograríamos reunir el valor para matarlo realmente, nos limitamos a esperar que se muera él solito. Es un incómodo recordatorio del estado natural que creemos haber eliminado de nuestra vida.

Ni siquiera, si de repente me viese asaltada por un arrebato de pasión y me entraran ganas de violar a Herbert, sabría por dónde empezar. Simplemente, ya no dominamos el idioma del sexo, ni verbal ni físicamente. Nos hemos quedado sin imaginación sexual. Me daría un corte horrible reconocer delante de Herbert que me ha parecido sexy una peli, un cuadro o un conjunto de ropa. Me resultaría de lo más ridículo, simplemente. Soy su estable y sensata esposa. No es que él fuese a desaprobar mi opinión, es solo que le chocaría tanto que se haría un incómodo silencio entre los dos. Es como si el sexo fuese un secreto mío que me guardo para mí.

A los dieciocho años me habría fastidiado horrores admitirlo, pero lo cierto es que no tenía ninguna experiencia. De alguna manera, al permanecer con el mismo compañero desde entonces (y los dos hemos sido absolutamente fieles, no tengo la menor duda), he conservado la sexualidad de una chavala de dieciocho años. Menos salerosa de lo que suena, os lo puedo asegurar... especialmente sin los beneficios del vientre plano de una chavalina.

Si en aquel entonces me hubieseis preguntado qué me parecía el sexo con Herbert, habría respondido —bastante sincera-

mente— que la bomba. Pero el problema es que el sexo entre él y yo ha sido siempre igual desde entonces. Y vino la devaluación. Si no progresa, un sexo que a los dieciocho años es la bomba se traduce en un sexo tedioso a los treinta y tres. Y curiosamente él y yo nos contentamos con recordar con cariño nuestras pasadas hazañas sexuales en lugar de generar otras nuevas. ¡Cuánto envidia a las amigas que entre los veinte y los treinta años tuvieron docenas de compañeros! Tienen en su haber un abanico entero de experiencias de todos los colores, al que yo simplemente no tengo acceso.

Con todo, algo ha cambiado. De entrada, fuimos capaces de follar después de un periodo de descanso especialmente prolongado incluso para nuestros parámetros habituales. Es posible que se debiera a que, en ese momento, diera la casualidad de que nos encontráramos en una habitación de hotel con jacuzzi propio y un surtido de lubricantes en los armaritos del baño. Es lo que pasa cuando te cambian a una habitación mejor y te dan la Suite Nupcial. Habría sido para matarnos si no hubiésemos aprovechado a fondo las instalaciones. Pero, por centrarnos en lo que importa aquí, el polvo fue una auténtica pasada. Tan bueno, de hecho, que (una vez nos hubimos serenado después de la sorpresa) volvimos a hacerlo. Tres veces en un fin de semana. Algo nada desdeñable en nuestro caso, os lo puedo asegurar.

Fue como si hubiese tenido una revelación. Pero qué tonta de remate había sido. ¡Qué maldito desperdicio! Tantas mujeres de mi edad embarcándose en aventuras sexuales pero ansiando dar con El Hombre... y yo lo había encontrado. Había encontrado al Hombre hacía años y lo había desaprovechado. Mi sexualidad es responsabilidad mía y de nadie más. ¿Con qué fin voy a sacrificarla en aras de mi sentido del ridículo, tan inglés y absolutamente mío? Quince años juntos deberían proporcionar cierto grado de maestría; en nuestro caso, nos han dejado hechos dos pasmarotes aquejados de una ignorancia cegata. Ni aun queriendo, no tendría ni idea de cómo excitar a Herbert. No tengo ni idea de cuáles son sus gustos y preferencias eróticas, por no hablar de las mías. He hecho una costumbre de responder que no incluso antes de que se haya formulado la pregunta, y ya va siendo hora de poner fin a eso.

Hecha un manojito de nervios, me acerco furtivamente a H en la cocina y le hago una proposición.

—Nunca vamos a ser de esas parejas que follan a diario —le digo—, así que seamos más realistas. ¿Qué tal si nos reservamos una cita una vez a la semana para el sexo, pero con un pequeño cambio? Nos turnamos para preparar una seducción para el otro cada semana del año que viene.

Me sorprende al ver que accede de muy buena gana —de hecho, se dibuja en su rostro una sonrisa encantadora—.

—Vale —dice.

—Pero tenemos que cumplirlo a rajatabla —digo yo—. Los dos. Nos exigirá un pequeño esfuerzo.

—Creo que podré apañarme.

—Cuando empezamos, el sexo era tan bueno en parte porque nos pasábamos el día esperando con ilusión el momento. Podría venirnos bien un poquito de aquella espera ilusionada.

—Estupendo —dice él—; bien. ¡Genial! Siempre y cuando no tenga que ser algo demasiado elaborado, siempre.

—No, elaborado no. Simplemente interesante. Simplemente deseado.

—Y no quiere decir que no podamos follarnos en otros momentos también.

—No tientes tu suerte.

Así es como comenzaron las seducciones.

* * *

Me despierto a la mañana siguiente y pienso: *Ay, Dios, de verdad dije eso en voz alta*. Era una idea estupenda que me rondaba por la mente, y voy y la echo a perder convirtiéndola en un es-trambótico pacto sexual. Ahora tengo que imaginar —y ser la artífice de hasta— veintiséis seducciones durante todo el año que viene, y no poner peros a las veintiséis que Herbert me dispensará. Ya me estoy muriendo de vergüenza por dentro.

No pasa nada, me digo. No creo que Herbert diga nada si simplemente desechamos el plan. No sería la primera vez, al fin y al cabo. Pero Herbert anda trajinando en la cocina tan campante, silbando incluso.

—Dado que la idea fue tuya, creo que lo más justo es que prepares tú la primera seducción —dice.

—Mmm, sí. Cierto. Tal vez sí. —La verdad es que no puedo rebatir su lógica y no creo que él tenga más ganas que yo de ser el primero en proponer algo.

—¿El viernes, entonces?

—El viernes.

Recluida en los confines de mi imaginación, una seducción parecía una cosa tan divertida y emocionante... Una vez fuera, a plena luz del día, se ha teñido de un matiz amenazante. Una seducción es una manifestación de tu gusto sexual particular, una invitación a compartir un placer. Si ya no estás seguro de lo que te gusta, es una perspectiva aterradora.

Preso de la desesperación, hago lo que haría cualquier mujer en sus cabales: tecleo «seducción» en Google.

Santo cielo, la lista es inmensa. Me da miedo hacer clic en algo que no quiera ver. Más miedo aún hacer clic en un enlace que abra infinitas ventanas, o que me deje totalmente diezmado el disco duro. ¿Cómo se hace exactamente para navegar por este mundo diferenciando lo bueno de lo malo? ¿Qué estoy buscando, si quiera?

Me alivia ver cerca de la parte alta del listado un periódico nacional. Con mucha cautela, hago clic en su guía titulada «Los diez mejores juguetes sexuales». Esposas confeccionadas con cintas, una porra acolchada para dar cachetes, «un consolador cerámico caliente y frío». Sosiégate. Tengo que servirme una copa de vino. ¿Esto es normal? ¿Es que a todo el mundo le ha dado por el tema?

Sigo sus enlaces, con la esperanza de encontrar cosas más para principiantes. La primera URL ha caído evidentemente víctima de la recesión y su contenido ha sido sustituido por algo mucho más cutre. Cierro la ventana a la mayor celeridad.

Rechazo el siguiente sitio por su estética lamentable. El que haya demasiadas fotos de rubias infladas me hace pensar en bragas de nailon, me temo. Puede que con esto esté poniendo en peligro mi conciencia de mi propia identidad, por completo, pero lo cierto es que no veo por qué he de renunciar a mi buen gusto. O, para el caso, producirme candidiasis.

Peor: los artículos de primera categoría me excluyen del mercado en virtud de sus precios. El periódico me dirige a lo que semeja ser una nudillera de metal («póngala en el dedo corazón de su mano más fuerte») que cuesta quinientas sesenta libras esterlinas y firma Coco de Mer. O sea, vamos a ver. Hago denodados esfuerzos por imaginar en qué circunstancias pagaría tanta pasta por una rápida sesión de mutua masturbación, dando por hecho que eso sea lo que se hace con ella. Verdaderamente, sus aplicaciones son un absoluto misterio para mí.

De todos modos, Coco de Mer me ha ahuyentado ya con su careta de perro hecha en piel (doscientas veinte libras de «*bondage chic* funcional», al parecer) y bragas a trescientas la unidad que son divinas pero que pertenecen a un nivel diferente del mío. Me pregunto, abochornada, si no seré más bien una cliente de franquicias tipo Ann Summers, por lo menos en lo que respecta a rango de precios —si no a ambición—.

Coco de Mer al menos tiene fotos elegantes de mujeres con carne en los muslos y vello púbico no brasileñado. La página de *Insinuate* está llena de jovencitas en poses a lo porno ofreciendo sus

cuerpos delgados a la mirada masculina. Me pregunto cuántos hombres compran sus artículos y se llevan un chasco al ver el cuerpo de su compañera embutido en ellos. Es imposible que demos la talla. No obstante, me paro a sopesar unas braguitas estilo Bridgette para el juego del azote —hasta que veo cómo son por detrás—. No estoy segura de que mi raja del pompis se merezca tener su propia ventanita. Probablemente el hecho de estar llamándola mi raja del pompis os diga ya todo lo que necesitáis saber.

Así pues, a por Ann Summers. Espero encontrar una proliferación de frunces, satenes y encaje barato, pero a decir verdad la mayor parte de lo que veo no desentonaría en Marks & Spencer hoy en día. Esto me deprime y, al mismo tiempo, me consuela. De todos modos, a estas alturas me hallo en un estado de pura desesperación. Voy haciendo clic desconsoladamente por toda la página, mientras me pregunto si lo que de verdad necesito es lencería picante. Tampoco es que esté resignándome a las bragas en paquetes de cinco y sujetadores cuya blancura tira al gris. De hecho, me agrada pensar que conservo en bastante buen estado mi ropa interior (nunca se sabe cuándo te puede atropellar aquel autobús).

Percibo que empieza a bullirme la sangre. ¿Por qué tengo yo que comprarme algo que sea sexy? ¿Y cuándo nos dio por pensar que tenemos que emperejilarnos para poder practicar sexo en absoluto? Pero si hoy en día en la farmacia te puedes comprar anillos vibradores para pollas, por todos los santos. No puedo evitar sentir que nos estamos privando del meollo de nuestra sexualidad, sepultado bajo este aluvión de volantes y vibraciones amodorrantes.

Así decidida, apago el portátil, preguntándome qué demonios voy a hacer si solo puedo tirar de mi imaginación.



Diciembre



Seducción nº 1

La primera cita

Llega el día de la primera seducción y me encuentro reflexionando con cierto hastío acerca del hecho de que los sucesos especiales de la vida, como los regalos de cumpleaños o el mantenernos en contacto con las viejas amistades, son siempre responsabilidad mía. ¿Por qué tengo que inventar yo la primera seducción? Quizás podríamos hablarlo tranquilamente esta noche, y tal vez diseñar entre los dos una programación en un póster o algo así. Con un programa en la pared uno sabe en qué punto se encuentra.

Pero entonces, en algún momento del proceso (cuando de hecho son cerca de las cinco de la tarde, y Herbert volverá a casa en una hora) caigo en la cuenta de lo tacaña mental que estoy siendo. El espíritu del asunto es no dar al otro exactamente en la misma medida que lo que el otro te da, no traer forzosamente a esta historia las viejas irritaciones mezquinas de siempre. Una seducción es un acto de generosidad, un gesto de buena voluntad.

La resistencia que siento hunde sus raíces en el miedo, no tanto en una verdadera sensación de haber sido objeto de agravio alguno.

Me lanzo casi literalmente al baño y me las ingenio para depilarme piernas y axilas a cuchilla sin excesivo derramamiento de sangre. Es un buen (aunque poco habitual) presagio. Puede que aún no tenga lista ninguna seducción, pero al menos estaré absolutamente adorable cuando él llegue a casa. Rocío la casa de perfume y me planteo si ponerme el vestido rojo, bastante provocativo, que me puse para una fiesta las navidades pasadas. No, pienso, no voy a disfrazarme de otra persona esta noche; me vestiré de mí misma. Quiero sentirme relajada y a gusto, no emperifollada como un pavo ridículo. Eso tiene más que un tuflillo a ama de casa de urbanización residencial. Después de deliberar someramente la cuestión, apenas una pizquita, me enfundo en unas medias con costura, con unos calcetines hasta la rodilla por encima, mis mejores braguitas de volantitos, una falda vaquera y un jersey de rayas. Cuando me miro en el espejo me siento aliviada de ver que doy una imagen bastante normal, si bien levemente mejorada.

No es hasta el momento en que estoy aplicándome el maquillaje (profusión de raya negra en los ojos, en homenaje al enamoramiento más bien poco afortunado de Herbert por la Gwyneth Paltrow de *Los Tenenbaum*) que se me ocurre una idea. ¿Qué tal si empezamos otra vez desde el principio?

Cuando conocí a Herbert, yo todavía vivía con mi madre, por lo que me quedaba los fines de semana en casa de él. Solía llevarme mis cosas en una maletita marrón estilo retro y quedábamos en el *pub*. Desde aquel entonces H ha comentado, con los ojitos empañados de emoción, que sabía que estaba de suerte siempre que me veía aparecer con aquella maleta. La auténtica McCoy se desintegró hace mucho tiempo, tras sufrir demasiadas veces el paseo de vuelta a casa bajo la lluvia, pero lo que sí que tengo es un maletín azul de aseo, comprado recientemente en una tienda de beneficencia, que podría hacer el mismo servicio. Por supuesto, la historia no tendrá ningún sentido si no la saco de casa. Para conseguir completamente esa sensación de «primera cita», debo encontrarme con Herbert en el *pub*.